

//Reseñas//

Un cuerpo salvaje

Silvia Gómez Giusto

Catalina Julia Artesi¹

Recepción: 10 de diciembre de 2020 // Aprobación: 15 de diciembre de 2020

Cuando presencié la puesta de *Un cuerpo salvaje*, de y por Silvia Gómez Giusto, en el Espacio Callejón –que le fue encargada por el colectivo creativo el Teatro Líquido–, y observé que se hallaba ambientada en el espacio pampeano, en pleno verano, a finales del siglo XIX, tuve la impresión de hallarme ante una poética de carácter simbólico, con imágenes esenciales relativas a nuestra identidad. La obra se inicia con la presencia de tres mujeres jóvenes. Una de ellas, Estela, comenta un sueño que, en realidad, es la reproducción de un cuadro donde había personajes desnudos. La famosa pieza artística de Ángel Della Valle (1852-1903), *La vuelta del malón* (1892), donde el pintor argentino mostraba una cautiva muy bella –cuyo cuerpo emanaba un gran erotismo–, la cual descansaba sobre el cuerpo de un aborígen montado a caballo, sobresaliendo su figura en contraste con el resto del malón, retratado como la “fuerza de la naturaleza desencadenada”.

La autora-directora, en una entrevista aparecida en el diario *Página/12* en 2018, reconoce que este cuadro funcionó como uno de los disparadores de su obra. Consideramos que dicho intertexto pictórico del romanticismo argentino, retoma un tópico clásico de nuestra literatura:

¹ Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires Investigadora en el IAE “Dr. Raúl H. Castagnino” de la Universidad de Buenos Aires. E-mail: catalinajulia.artesi2(arroba)gmail.com

la guerra de fronteras, la mal llamada “Conquista del desierto”, que llevó adelante Julio Argentino Roca en el siglo XXI, donde el personaje de la cautiva se transforma en una imagen alegórica (Laera, 2016), que atraviesa gran parte de la tradición literaria –desde Esteban Echeverría, *La Cautiva* (¿1837?), pasando por Jorge Luis Borges, *Historia del guerrero y la cautiva* (1949), hasta *Ena, la cautiva* de César Aira (1978)–. Esta imagen femenina se asimila a lo territorial: el desierto, y al género: la mujer cautiva. Se halla presente como intertexto literario en la pieza ya que Nuria recita un fragmento del poema de Esteban Echeverría. Incluso otra de las hermanas, Hebe, revela el destino nefasto de estas mujeres cautivas: “Por lo menos ustedes van; yo en cambio soy la cautiva de Argentina. A veces siento que no voy a salir nunca de mamá”.

Es que la autora evidencia una mirada feminista de nuestra historia, donde revela cómo funciona el poder patriarcal. Hebe, Estela y Nuria –hijas de Argentina y de Belisario– inauguran la acción de la obra con los comentarios del cuadro mencionado: “NURIA: ¡Ya está, soñaste con el cuadro! Ese que llevan a una mujer desnuda. Está entre los cuadros escondidos, los de papá, en el sótano”. Con este relato inicial se revela el comienzo del despertar sexual de las jóvenes y su deseo de liberación. A medida que se desarrolla la obra, revela cómo en esta finca perdida de la llanura pampeana (sinécdoque del territorio nacional explicitada en el nombre de la madre) todos los personajes: Bautista, el hermano; el capataz, Fermín y la india O-Ní y otros, sufren la opresión del patriarca Belisario.

Si bien retoma la dicotomía civilización-barbarie vigente en el período en el cual ambienta la pieza, Silvia Gómez Giusto actualiza aquel paradigma sarmientino, donde el otro, el originario de estas tierras, el aborigen, era asimilado a un animal salvaje, como ocurre con la cautiva aborigen O-Ní. De esta manera establece una correlación pasado-presente, pues en pleno siglo XXI el territorio femenino todavía constituye un espacio de conquista del patriarcado (Segato, 2018). La alegórica figura de Argentina, muy al estilo de Ricardo Monti, sintetiza en su imagen a aquellas mujeres de la oligarquía del capitalismo tardío, encerradas paradójicamente en la ceremonia del té al estilo inglés en ese paisaje pampeano. Pero también en esta madre se hallan representadas las mujeres que actualmente padecen diversas formas de violencia de género en pleno capitalismo neoliberal. A tal punto que aquellas situaciones que sufrían las cautivas de diversas etnias, violadas por grupos de hombres, se parecen a los terribles casos de violaciones en manada de la actualidad.

Pero hay otros personajes que no forman parte de la finca, una pareja francesa, Hélène y Romanie, que tienen negocios con Belisario pues planean comercializar una bebida prohibida, la absenta, ajeno denominado “Diablo Verde”. Desde el punto de vista histórico, estos personajes

representan a los capitales extranjeros que en el siglo XIX comerciaban y hacían sus negocios en la informalidad. Pero en la trama también funcionan como detonantes en el conflicto con la autoridad patriarcal, pues introducen las ideas liberales de entonces (esto se ve en la ropa que utiliza ella, el pantalón y el cabello suelto, y en la relación sexual con su pareja). Resultan fundamentales en esa especie de bacanal que se produce antes del desenlace, donde todos –como en el Génesis bíblico– rompen la prohibición, beben absenta, liberan sus pasiones, en una especie de aquelarre, consustanciados con la naturaleza pampeana:

Todos empiezan a beber absenta, la atmósfera empieza a cambiar, se mezclan melodías, con relinchos intensos, con aves, como si el campo despertara. Todos empiezan a moverse más suavemente, se sonríen, buscan pareja e improvisan un vals. Están tentados y erotizados con el campo, sus cuerpos y los cuerpos de los otros. Romanie besa a Estela frente a todos, Bautista y Fermín se corren como animales entre la arboleda, las otras mujercitas crean sus propios juegos de seducción y Argentina se desprende la ropa, desencaja su peinado y con ayuda de Belisario, Argentina monta el árbol caído y empieza a cabalgarlo, su marido le pega al árbol como si fuera un caballo y O-Ní, como un chamán, observa y ríe frente a este festín salvaje. (Escena 6)

La liberación mediante esta bebida prohibida exhibe sexualidades disidentes que se hallaban reprimidas. De esta manera todos los cuerpos salvajes de este territorio logran por un momento – como en toda ritualidad sagrada– salir de la sujeción del padre despótico, Belisario. Consideramos que su denominación no es casual. Este nombre masculino proviene del griego antiguo y significa “dardos de Ares”, o sea el dios de la guerra en la mitología, hijo de Zeus y Hera, que personificaba la brutalidad y la violencia, rasgos que en un plano simbólico de la pieza constituyen atributos representativos de la violencia machista.

Como ocurría en la obra *El jardín de los cerezos* (1904) de Antón Chejov (1860- 1904), con el cierre de la finca termina un ciclo y se abre otro en la situación de desenlace de *El cuerpo salvaje* desde el momento en que se produce la clausura del lugar y el traslado al Chubut, hacia el sur mítico. Plantea este final más de una interpretación para el lector-espectador actual. Por un lado, la continuidad del régimen autoritario del *pater familias* cuando se van. Por el otro lado, la hija guacha junto con la india O-Ní deciden quedarse en ese territorio salvaje, auténtico, lejos de los paradigmas del liberalismo. Estas figuras aparentemente marginadas asumen ese espacio como propio, un ámbito identitario utópico para el futuro de la Argentina, donde la liberación es posible. Tal lo que sugiere la didascalía final:

Se enciende la zona del árbol caído donde están Estela y O-Ní, con la mirada perdida al horizonte.
Se las ve en paz, la luz tenue que las ilumina empieza a esfumarse hasta perder la imagen de las dos.
(Escena 7)

En suma, en esta travesía mítica –especie de alegoría nacional– hemos visto cómo el territorio femenino ha sido colonizado por el capitalismo tardío patriarcal. Sin embargo, en el cuento de Jorge Luis Borges que mencionamos al comienzo: “La cautiva (...) es quien no puede abandonar la tierra de indios donde están sus hijos” (Lera, 2016). En nuestra pieza estas mujeres, ahora empoderadas, descolonizadas, como aquella cautiva, también deciden quedarse donde se hallan sus raíces. No resulta casual que Estela preanuncie ese futuro esperanzador para las mujeres de esta tierra: “Va a haber un día que el baile lo vamos a guiar nosotras”.